

**Pensando en voz alta, una cavilación en torno a la obra: *El sueño que no cesa: la nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño (1920-1940)*, del profesor José Rodríguez Vázquez.**

**Juan Mercado Nieves  
Departamento de Ciencias Sociales  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo**

Enemigo de la guerra  
Y su reverso la medalla,  
No propuse otra batalla  
Que librar al corazón  
De ponerse cuerpo a tierra  
Bajo el paso de una Historia  
Que iba a alzar hasta la gloria  
El poder de la Razón...  
Y ahora que ya no hay trincheras,  
El combate es la escalera  
Y el que trepe a lo mas alto  
Pondrá a salvo su cabeza  
Aunque se hunda en el asfalto  
La Belleza...

Míralos como reptiles  
Al acecho de la presa,  
Negociando en cada mesa  
Maquillajes de ocasión;  
Siguen todos los raíles  
Que conduzcan a la cumbre,  
Locos por que nos deslumbre  
Su parásita ambición...  
Antes iban de profetas  
Y ahora el éxito es su meta  
Mercaderes, traficantes,  
Más que náusea dan tristeza  
No rozaron ni un instante  
La Belleza...

Y me hablaron de futuros  
Fraternales solidarios,  
Donde todo lo falsario  
acabaría en el pilón  
Y ahora que no quedan muros,  
Ya no somos tan iguales  
Tánto vendas, tánto vales  
¡Viva la Revolución!  
Reivindico el espejismo  
De intentar ser uno mismo  
Ese viaje hacia la nada  
Que consiste en la certeza  
De encontrar en tu mirada,  
La Belleza...

(L. E. Aute. "La Belleza)

Hago la salvedad de que no soy historiador ni posmoderno, tampoco aspiro a ser objetivo, meramente soy un abogado con alguna formación en Ciencias Políticas al que le han dado el privilegio de intercambiar experiencias con estudiantes y compañeros de claustro en este Colegio que en algunas ocasiones se resiste a ser Universidad. Por eso, agradezco la oportunidad que me ha ofrecido el Departamento de Ciencias Sociales y el autor de dirigirme a Sus Señorías sobre una obra que, sin lugar a dudas, considero fundamental.

Hoy no sermonearé al autor sobre las 3 páginas utilizadas para agradecer al universo entero por su solidaridad para consigo o con su obra. Tampoco lo recriminaré por haberme incluido en ellas sin mi expresa autorización o consentimiento. Hoy pretendo hablar de una muy esperada, ansiada y deseada obra que finalmente fue publicada íntegramente por la Editorial Callejón bajo los auspicios del Centro para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo y la Fundación Por la Libertad.

De salida he dicho que este libro es fundamental. Coincido plenamente con lo expuesto por el profesor Luis Agrait, Vicepresidente de la Universidad de Puerto Rico, en una reunión privada que tuvo repercusiones públicas sobre el libro del doctor José Juan Rodríguez Vázquez, a quien también conocemos como “Pito”. Más o menos, Agrait nos dijo que con la obra de Pito, el Programa Graduado de Historia de la Universidad de Puerto Rico había dado un salto “cualitativo”. No conforme con eso, Agrait nos expresó que pensaba que se puede hablar de un Departamento de Historia antes y después de la tesis de Rodríguez Vázquez. De por sí el trabajo investigativo que nos participa el autor es monumental y ello lo hace, a mi juicio, un texto esencial en el estudio de la política puertorriqueña. Pero existen otras virtudes en la obra de Pito que dan magia a este libro y lo convierten en un texto medular.

La primera virtud se encuentra en su prólogo. Si esencial es la obra de Rodríguez Vázquez, las páginas que lo anteceden, que constituyen el último escrito del eminente profesor de la Universidad de Puerto Rico, Don Pablo García Rodríguez, calan en la conciencia del que las lee. He hablado en varias ocasiones con Pito y hemos coincidido en que el prólogo de Don Pablo no sólo nos ofrece una importante y generosa reflexión sobre *El sueño que no cesa*, sino también su última sentencia en torno al devenir y al porvenir de nuestro país. En esencia, constituye, sin lugar a dudas, un testamento político del insigne profesor García Rodríguez que debe ser leído con atención. Se me antoja dejar que Don Pablo nos hable de *El sueño que no cesa*:

“Como queda evidenciado en *El sueño que no cesa...*, y en las reflexiones que ha contribuido a provocar en mí, es claro que la realidad es muy compleja, y que al analizarla no solamente tenemos que estar preparados para la crítica y la autocrítica, sino además, propiciarlas y protegernos en lo posible de la

autocomplacencia a la que todos somos vulnerables. La dialéctica, como debemos saber, además de sus implicaciones tradicionalmente conocidas, es también un llamado a la humildad, un llamado a la modestia y un llamado a la libertad.” (Pablo M. García Rodríguez en: Rodríguez Vázquez, página 18)

La segunda virtud del libro es su introducción. La introducción, que nos ofrece el marco teórico sobre el cual se fundamentará la obra, constituye, por sí misma, una aportación significativa al pensamiento político puertorriqueño y, ¿por qué no?, latinoamericano. En la introducción al libro, Rodríguez Vázquez supera los coqueteos con las tendencias posmodernas y eurocéntricas a las que han sucumbido otros autores puertorriqueños y que resultan eminentemente demonizantes del nacionalismo como concepto. Resulta verdaderamente brillante la extrapolación al caso de Puerto Rico que hace el autor de la tipología del nacionalismo, planteada por el hindú Partha Chatterjee. De esa manera, Rodríguez Vázquez nos habla del posicionamiento discursivo del nacionalismo en un entorno colonial como un fenómeno contenido en tres fases, a saber: un llamado nacionalismo de arranque, otro de movimiento y uno de llegada. Nos dice el autor:

“Por un lado, hay que reconocerlo [al nacionalismo] como un pensamiento dinámico que atraviesa por tres fases o momentos ideológico-políticos: de arranque, movimiento y llegada. En la fase de arranque el nacionalismo es un discurso crítico del sistema colonial y de su campo intelectual, que no se ha convertido en utopía ligada a movimientos políticos de masas. Se trata de un discurso que requiere moverse en el interior de la ciudad letrada al margen de la política. En su segunda etapa, éste se transforma en un pensamiento ligado a movimientos que buscan reorganizar políticamente el orden existente. Se asiste aquí a la conversión del letrado en político. Por último, en el tercer momento, se trata de una utopía que ha devenido en ideología y funciona como discurso del Estado poscolonial. El nacionalismo se convierte en un discurso institucionalizado e institucionalizador que se difunde en los múltiples organismos – escuelas, universidades, centros culturales, publicaciones oficiales, etc. – que el Estado crea o utiliza para dar cohesión y legitimidad al orden político existente.” (Rodríguez Vázquez, José. *El sueño que no cesa*. pp. 28-29)

El autor, tanto en la introducción como en el resto del texto, trabajará al nacionalismo puertorriqueño en su primera y segunda etapa. La segunda etapa será distinguida en dos sub fases, a saber, una radical y otra moderada. La tercera etapa, la del nacionalismo institucionalizado o “de llegada” no es abordada por el autor en el libro, probablemente porque difiere de ciertos autores -que pretenden matar a la nación para entonces hacerle una autopsia- para quienes el asunto nacional puertorriqueño quedó superado.

Procede entonces que conversemos sobre la tercera virtud de este trabajo. Rodríguez Vázquez ilustra el nacionalismo puertorriqueño en su primera y segunda etapas con el análisis discursivo de Antonio S. Pedreira, Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín. La manera en que el autor trabaja los tres libros, que pueden adquirir vida propia, le imprime a este estudio documental características impresionantes; el investigador se convierte aquí en un moderador y quien en realidad habla es el propio sujeto de estudio. De esa manera, Rodríguez Vázquez descubre el velo mítico que ha cubierto la vida de al menos dos de los tres intelectuales estudiados: me refiero a los casos de Muñoz y Albizu, que debo de confesar, fueron a los que más atención presté.

En el segundo capítulo, al trabajar la figura de Albizu, Rodríguez detecta con verdadera erudición la radicalización de su proyecto político. Un proyecto político que, según el propio autor, “compartía con el nacionalismo moderado la afirmación de la nación que negaba el discurso imperial”. (Rodríguez, supra. p. 167) Rodríguez Vázquez dedica tiempo al debate sobre las tendencias fascistas que algunos historiadores puertorriqueños le atribuyen al discurso albizuista. Al atender este asunto, nos dice el autor:

“Un discurso es necesario analizarlo como un todo y la búsqueda de elementos particulares para demostrar similitudes con otras ideologías solamente puede conducir a conclusiones insostenibles.” (Rodríguez Vázquez, página 208).

En su análisis discursivo, Rodríguez plantea que tanto la formación jurídico-política liberal de Albizu, así como el hecho de que en el albuzismo lo que se enarbolaba era un discurso anticolonial que “buscaba la movilización política de las masas para la realización de una empresa defensiva que culminara en la creación de un estado-nación” dista del nacionalismo institucionalizado o de llegada que puede adoptar un racialismo biológico y xenofóbico que legitima ambiciones imperialistas. Por tanto, conforme al marco teórico utilizado por Rodríguez resulta incompatible un albuzismo fascista con su proyecto de crear un “frente político transclasista” en el que la nación se constituye como medio de resistencia. Entiendo que sobre este asunto se mantendrá un interesante y prolongado debate en el plano intelectual.

Queda entonces discutir, brevemente, mi parte favorita en el trabajo de Rodríguez, el libro que trata el nacionalismo moderado en la fase de movimiento, el discurso de Luis Muñoz Marín. Esta parte del libro me recordó sobremanera el cuento sobre las vestiduras del emperador del que tanto disfrutaba durante mi niñez. Aquí se resaltan los vaivenes discursivos con los que Muñoz se dedica a manipular políticamente a distintos sectores económicos y sociales puertorriqueños, al mismo tiempo que se constituye en heredero político de su padre cuando aspira a convertirse en elemento de confianza e interlocutor de la metrópoli y la colonia. Tiene Muñoz, a juicio de Rodríguez, el propósito de:

“...enlazarlos, en reconocer su dialéctica, hasta que irónicamente, se decidirá a reproducir la separación que le había reprochado al nacionalismo conservador, aislando las tareas económico-sociales de la cuestión del estatus y **concluyendo que la prioridad de la política ameritaba un cambio en los ‘ideales’ que orientaban lo político.** La doble zona de lucha del nacionalismo anticolonial, hacia el exterior y el interior, hará posible mantener la distinción: cuando se hable con el ‘otro imperial’ la cuestión económica se tornará prioridad; cuando se dirija hacia el interior de la nación, sobre todo de la tradición nacionalista moderada, la cuestión de lo político pasará a ser el punto central que deslindará sus posturas de otros sectores. En el debate dentro de la tradición moderada, el muñocismo insistirá en la necesidad de un proyecto económico-social modernizador y la solución de la cuestión del estatus a través de la independencia. Pero será solo coyunturalmente y dependiendo del interlocutor. La prioridad de lo económico-social o del estatus, reaparecerá en su problemática. Será cuestión de tiempo para que concluya que estas dos propuestas eran incompatibles y aboque por la modernización sin Estado.” Rodríguez Vázquez, página 321

Sobre este asunto continúa el autor diciendo:

“El nacionalismo muñocista, como discurso moderado, se veía a sí mismo como ‘moderador’ de la acción del Estado imperial norteamericano, al mismo tiempo que buscaba fortalecerse apoyándose en los grupos progresistas de los Estados Unidos.” Rodríguez Vázquez, página 293

De igual manera, me resulta verdaderamente fascinante la forma en que Rodríguez retrata el genio político de Muñoz y su manipulación de la figura emblemática del campesinado, como si el primero coincidiera con Carlos Monsiváis al preguntar retóricamente sobre el dúo dinámico de la Historia y los héroes: “¿Para qué existen los <<espejos de virtudes>>? ¿Estimulan a los que allí se reflejan? ¿Son retratos ideales o metas imposibles? ¿Son concebibles las sociedades sin personajes emblemáticos? ... ¿cómo se fragua el canon de los seres ejemplares?, ¿quienes determinan lo canónico de un comportamiento?, ¿qué criterios deciden la ejemplaridad? ... ¿cómo se forjan, encumbran y consolidan los héroes, las grandes personalidades, los ídolos?” (Monsiváis, Carlos. “Pero ¿Hubo alguna vez once mil héroes? En: *Aires de Familia*. P.79)

El espejo de virtudes, el retrato ideal, el personaje emblemático del campesino, el jíbaro de la pavita, atendido con esmero por Muñoz en *El Batey* es hábilmente leído por Rodríguez Vázquez. En primera instancia

al posicionarlo como medio de organización de un mundo bipolar constituido como el gran capital y el pueblo representado por el Partido Popular, al mismo tiempo que encumbraba al líder como un incorruptible redentor de las luchas populares. En segunda instancia al cooptar la figura del campesino como “...quien mejor representaba la condición del pueblo puertorriqueño”. Claro, esto con el propósito de difundir una refrenada movilización en la que el nacionalismo moderado encabezado por Muñoz cumpliría con el propósito de servir para catapultar al político-poeta de la década del veinte que habría de organizar el proyecto político y nacional puertorriqueño a partir de los cuarenta. El emperador ha quedado desnudo.

La reflexión que hago de la obra *El sueño que no cesa: la nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño (1920-1940)*, del profesor José Rodríguez Vázquez, es, a mi juicio, superficial, cuando se trata de una obra de tal magnitud. Pero el tiempo me traiciona y quisiera se escucharan las demás posturas sobre el trabajo de Pito. Empero, me atrevo a concluir en esta cavilación, en este pensar en voz alta, que el trabajo de Rodríguez Vázquez constituye un fundamental proyecto para la introspección sobre la centenaria presencia estadounidense en nuestras vidas, la pesadilla del estatus y cómo ha danzado la clase política del país en su entorno.